

Armando Nieto Vélez, S.J. *Francisco del Castillo, el Apóstol de Lima*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Fondo Editorial, 1992, 335 pp. Ilust.

Francisco del Castillo nació en Lima en 1615. Era hijo de Juan Rico y de Juana Morales del Castillo, y el menor de cinco hermanos. A temprana edad ingresó en la escuela de gramática regentada por los jesuitas. Este primer contacto con la Compañía de Jesús fue decisivo, pues había de orientar su futura vocación. Deseoso de seguir la vida religiosa, en 1632 ingresó al noviciado de los jesuitas, y más tarde, entre 1635 y 1640, cursó estudios en el célebre Colegio de San Pablo de su ciudad natal. Tras su ordenación, profesó en 1650. En 1673 murió en Lima víctima de una epidemia de tabadillo, durante la cual trabajó asistiendo a los enfermos.

El espíritu caritativo y virtudes cristianas del P. Castillo, le otorgaron en vida fama de santo. Así, cuatro años después de su muerte, en 1677, el provincial de la Compañía de Jesús en el Perú, Hernando Cavero, solicitó la apertura de las informaciones en la diócesis de Lima, conducentes a obtener la beatificación del religioso limeño. La primera información se realizó entre 1677 y 1681, y en ella prestaron sus declaraciones 123 testigos. Este expediente constituye un documento de excepcional interés ya que no sólo aporta valiosa información para reconstruir la vida del P. Castillo, sino que además ilustra acerca de la gran popularidad y respeto que gozó entre sus contemporáneos. Como es de suponer, entre los testigos figuran sus propios hermanos de orden. Personajes de la talla de los jesuitas Nicolás de Olea y Alonso Messia, el jurista Diego Andrés de Rocha, el canónigo Juan Santoyo de Palma, entre otros habitantes de Lima que los trataron personalmente, coincidieron al destacar las virtudes cristianas del jesuita limeño.

Hoy en día, poco más de trescientos años después de realizada la primera información acerca de la vida del P. Castillo, persiste el interés de lograr su beatificación. Entre las normas que el Vaticano ha establecido para el desarrollo de las causas de beatificación, se

contempla la elaboración de una biografía que, siguiendo los lineamientos historiográficos modernos en cuanto al tratamiento de las fuentes documentales, refleje la "vida y actividad" de un siervo de Dios. Se exige, pues, la redacción de un estudio que tome en cuenta, además de las declaraciones de los testigos, la documentación y la bibliografía existentes; y describa de manera sencilla y objetiva el perfil humano del personaje y de su contexto. Éste es el origen del presente estudio de Armando Nieto, sacerdote jesuita, historiador y, desde 1988, vicepostulador de la causa de beatificación del P. Castillo.

Importa señalar que antes de Nieto otros autores se ocuparon de escribir la biografía del P. Castillo. El primero fue el jesuita Joseph de Buendía, quien en Madrid en 1693 publicó una extensa aproximación biográfica. Buendía, que conoció al P. Castillo, compuso un texto que, según opinión de Nieto, se caracteriza por su "ampuloso conceptismo, acrobáticos retruécanos e hipérboles, peregrinas y empalagosas metáforas y amplificaciones", las cuales "causan sentimientos de invencible hastío, lindante con la irritación". En el relato de Buendía abundan los elementos legendarios y maravillosos, y son escasas las precisiones históricas. Así, por ejemplo, emplea 132 páginas en describir las virtudes del P. Castillo, pero no informa acerca de sus estudios y de su formación intelectual. Se trata, pues, de un texto característico de la hagiografía barroca.

En 1863 el canónigo Pedro García y Sánz publicó en Roma una segunda biografía del jesuita Castillo. En realidad era una nueva versión del texto de Buendía, en la que sigue el clásico esquema de la hagiografía tradicional: vida/virtudes, dones y milagros, y donde abundan las figuras retóricas.

En el presente siglo, Rubén Vargas Ugarte realizó durante años prolijas labores de investigación sobre el P. Castillo. En 1946 publicó en Lima una nueva reseña biográfica y en 1960 dio a conocer los apuntes autobiográficos del P. Castillo con el título *Un Místico del Siglo XVII*. Los trabajos de Vargas Ugarte merecieron críticas de parte del historiador jesuita Antonio de Egaña, gran conocedor de la historia

eclesiástica colonial americana. Los reparos recayeron sobre la manera de presentar al personaje y el escaso rigor en la publicación de los textos. Además Egaña hizo notar cómo el aspecto humano del P. Castillo y sus circunstancias históricas habían sido soslayadas por Vargas Ugarte.

El texto de Nieto constituye un notable avance en lo que se refiere al tratamiento historiográfico de la figura del P. Castillo. De un lado, basta constatar el importante corpus documental y bibliográfico revisado por el autor para llevar a cabo la reconstrucción de la biografía del P. Castillo. Nieto trabajó en los archivos de Lima y Roma, donde consultó muchas fuentes desconocidas para Vargas Ugarte. Por otro lado, el autor se revela bastante riguroso en el análisis crítico de las fuentes y el tratamiento del personaje. La leyenda y la exageración retórica, perceptibles en el texto de Vargas Ugarte, aquí se han dejado de lado. Nieto ofrece una imagen del P. Castillo humana e histórica. La biografía es reconstruida con gran detalle y la información fáctica aparece respaldada por un riguroso aparato de notas. Además destaca

la descripción de los principales escenarios urbanos donde discurrió la vida del P. Castillo: el Colegio de San Martín, el Noviciado de San Antonio Abad, el Colegio Máximo de San Pablo, el mercado del Baratillo y la Iglesia de Desamparados. De mano del autor los visitamos y asimismo conocemos su entorno social. Por ellos desfilan el virrey Conde de Lemos, hijo de confesión del P. Castillo y protector de los jesuitas, los miembros del Cabildo, los amigos y familiares del biografiado, los catedráticos de la Universidad, los miembros del temido Tribunal de la Inquisición, frailes, canónigos y las diversas castas que conformaban la variopinta población popular limeña de entonces.

El P. Castillo fue célebre predicador, por su apostolado entre la población de origen africano que habitaba en Lima y por su gran devoción a la Virgen de los Desamparados, cuyo culto contribuyó a difundir. Se trató de un hombre que vivió con sencillez y entrega de amor al prójimo *ad maiorem Dei gloriam*.

Pedro Guibovich